

MÉTODOS CRIMINALES EN MÉXICO

bultos de azúcar. El comerciante da orden de que se surta el pedido inmediatamente. Un mozo de la casa va llevando un bulto guiado por el timador. Sigue el mozo "echando viajes", y cuando ya se recibieron los **doce** bultos, el timador cobra la cuenta y se marcha.

Viene después el verdadero dependiente de la casa surtidora, acompañando al mozo que porta el último bulto, para completar los **trece** del pedido, y presenta la cuenta. El comerciante informa que ya pagó al otro dependiente y... ¡se arma el lío! Quieren recoger los bultos de azúcar; pero el otro ya los tiene pagados y aun en bodega. Presenta como comprobante de pago una nota de remisión falsa y firmada por el pícaro que propuso la mercancía a precio de ganga.

¿Quién de los dos comerciantes debe perder? El timo se hizo con un juego de números. Propuso **doce** y pidió **trece** el timador para tener tiempo de escapar mientras traían el último bulto.

CAPÍTULO XI

Escamoteos y Equivocaciones

Entremos ya en firme al campo del robo descarado. Aquí ya no hay farsas delincuentes que representar, salvo las excusas en caso de verse descubiertos. Estos delincuentes son del tipo nervioso y no muy afectos a representar comedias, se fían más de su habilidad manual y sangre fría.

Esa habilidad manual está basada en la prestidigitación, son gentes de dedos hábiles maravillosamente educados que tienen la misión de robar, pero haciéndolo con finura, con tacto, sin violencia, con tal gracia que la víctima no se sienta ofendida y menos aun maltratada.

Empecemos por el carterista que goza al estar en apretada sociedad, que se complace en frotarse los codos con sus semejantes y que siempre busca la compañía de personas que tienen la cartera repleta. Parecen estar dotados con ojos que emiten rayos X, ojos que les permiten ver lo que la víctima trae en cartera, pues jamás roban a los que llevan dos o tres billetes. Tal parece que por el tacto perciben las radiaciones del dinero, pues si las yemas ultrasensibles les avisan que hay poco

MÉTODOS CRIMINALES EN MÉXICO

numerario, no se toman el trabajo de desvalijar al prójimo, ya que el desgaste nervioso y cardíaco que sufren no se compensa con tan poca cosa.

Las aglomeraciones, el gentío, la muchedumbre, la vocería, son para el carterista lo que el agua para el pez: está en su elemento. A bordo de los apretados camiones, en los vehículos congestionados por el elemento humano, opera solo o acompañado. Aprovecha los tumbos del vehículo, los empujones y es gentil para dar el abrazo.

Va leyendo distraídamente o porta el sombrero en la mano y cuando su víctima siente un empujón o que le meten un periódico por los ojos o un sombrerazo, ya puede estar segura y cierta de que le robaron la cartera o cuando menos la pluma fuente. "Muleta", llaman a lo que meten por la cara para evitar que la víctima se dé cuenta de la maniobra.

Si trabaja con un cómplice, el carterista pasa el objeto robado a su compañero, por si lo registran, no sin defenderse por medio del pleito ratero. En la próxima esquina desciende solo o con su discípulo, y como hombre de negocios que aprovecha bien su tiempo, aborda otro vehículo en sentido contrario y así está viajando provechosamente de un tramo a otro de la carretera.

El cortabolsas o pizcapocha —que, según Estavillo dice: "es la denominación vulgar que la gente suele dar a las mujeres de mal vivir, en México, particularmente. Los diccionarios no contienen ni el significado ni por lo mismo la derivación de esta palabra, pero si es casi seguro que sea el equi-

JOSE RAUL AGUILAR

valente en nuestra lengua de la voz inglesa **pick-pocket** o **pickpouch**, con morfología y significación idénticas. Según eso, **pizcapocha** viene a ser algo así como pizcabolsas, robabolsillos, esculcona, o cosa semejante", es otro artista del escamoteo.

Sus dedos son tan diestros, tan bien educados, que en un santiamén, rasgan el bolsillo del chaleco y reciben el contenido. Pero no se crea que rasgan con violencia. No, lo hacen con navaja filósísima llamada "sangría" y dan el "sangrillazo" sin lastimar a la víctima. Esos cortabolsas, aprovechan el descuido de la mujer y en la calle, en el tranvía, "al descuento", cortan el asa del bolso y emprenden la carrera.

Otros hay, más hábiles, que no cortan ni rasgan, sino con dos dedos magníficamente educados, voltean al revés el bolsillo y reciben su contenido. Es un demérito para su habilidad el que le dejen a uno los bolsillos de fuera, pues bien podían dejarlos como estaban y sólo llevarse el contenido.

Escamoteo en la Joyería.—Es obra de conocedores de alhajas, de "caballeros" y "damas" distinguidos. Son gentes de mundo, hábiles conversadores que hechizan con la palabra y cuando ya tienen sobre el mostrador las piedras o alhajas que desean, no arrebatan y echan a correr, sino que con la derecha llaman la atención del comerciante o sus empleados y con la izquierda practican el hurto.

La goma de mascar, el chicle, la cera son verdaderas herramientas para el prestimano ladrón, pues en esos materiales plásticos, con un poco de

habilidad manual, levantan o esconden cualquier pieza y bien, en el lápiz labial, en el puño del bastón o de la sombrilla, o en la boquilla para fumar, siempre hay un receptáculo dónde ocultar la joya.

Recordemos el caso del aderezo robado a céntrica joyería. Una dama, lujosamente vestida se presenta a comprar joyas valiosas. El empleado muestra su deslumbrante arsenal. Tiene contadas las piezas y, sin embargo, le falta una.

La señora se da por ofendida ante la insinuación de que ella pudiera ser la ladrona y al fin consiente en ser registrada. En el momento en que la dama (?) acompañada de la esposa del propietario entra para efectuar el registro, un caballero, seguido de un niño se dirige a comprar cualquier artículo. Efectuada la compra salen de la joyería. No tarda en salir la dama elegante radiando indignación. Amenaza con demandar al propietario de la joyería por la ofensa que se le hizo y se marcha también.

El infeliz empleado está casi muerto del susto. Sobre él recaen responsabilidades y sospechas. Los agentes del Servicio Secreto entran en acción y reconstruyen el robo. Aquella mujer dejó pegada la joya con chicle por debajo del borde del mostrador. Su cómplice entró y el chico desprendió la joya. ¡Todo estuvo bien planeado!

Las Cruzadoras.—Son hábiles ladronas de tiendas que, como sus émulos, aprovechan un descuido del dependiente para guardarse en el bolso, entre las ropas, bajo el sombrero, algún artículo de valor. Lo mismo aprovechan la baraunda produci-

da por las baratas que el silencio de los sitios solitarios, donde "volando, volando pican."

Si por su mala suerte: por no haberse persigado al levantarse, por haber saltado de la cama con el pie equivocado, por haber pasado por debajo de una escalera, por no haber tocado madera en el momento oportuno, o por no haber ido a la iglesia en viernes, la cruzadora fuera sorprendida por el dependiente o detective del establecimiento, llora, gime y confiesa su debilidad por apoderarse de las cosas mal puestas o abandonadas. ¡Es cleptómana... y espera que se lo crean!

Mas, si se le desviste se verá que, como prolongación del portabusto, cuelga por el frente del refajo y cubierta por el vestido una larga y amplia bolsa que, en el caló se llama **borrego** y a la que se tiene acceso bien por abertura en el escote o entre los pliegues de la falda. Allí es donde se guardan lo robado estas ladronas, como el "tlacuache" o zarigüeya, se guarda los hijos en la bolsa que tiene sobre el vientre.

Hay otras que no usan borrego por estar dotadas de piernas gruesas y muy juntas, entre las cuales se llevan una pieza de tela bien apretada y sin que les impida caminar.

Los Cortineros.—Forman un gremio que se especializa sólo en robar cortinas o visillos que cuelgan sueltos frente a las ventanas abiertas o cerradas. Se valen para ello de ganchos o garfios de alambre templado para efectuar desde la calle la delicada operación de descolgar la cortina.

La Coartada del Equívoco.—Es bien fácil equi-

MÉTODOS CRIMINALES EN MÉXICO

vocarse. Todos nos equivocamos diariamente y así como el carretero que con el carro cargado de mercancías equivoca el rumbo y se "sigue derecho", así también hay ladrones que trabajan sobre la coartada del equívoco.

Hombres y mujeres delincuentes, artistas del "cambiao", frecuentan restaurantes y sitios donde no hay guardarropa y se cuelgan sombreros y gabanes o abrigos en percheros. Bien al entrar o al salir, **se equivocan** de prenda y toman de lo mejor. Todos los hampones tienen que ser buenos valudores.

Hay hampón que sale del restorán con un magnífico abrigo de pieles que no alcanza a cubrirle los pantalones rasgados y sucios y si alguien le pregunta acerca de su estrafalaria figura, contesta cínicamente que es una lástima que no se cuelguen pantalones en las perchas de los restaurantes.

Este esbozo de chiste me recuerda el caso de un boxeador que, habiendo sido robado antes en un restorán, donde le dejaron un abrigo raído y sucio a cambio de su flamante gabán, decidió colgar la nueva prenda acompañada de un letrado que decía: "Este abrigo pertenece a un boxeador que pega puñetazos de cien kilos a cincuenta por segundo".

Casi estuvo a punto de morir de la rabieta a ver que le volvieron a cambiar el abrigo y que sobre la haraposa prenda estaba la siguiente contestación: "Su abrigo se lo llevó un ratero que corre a razón de cinco cuadras por segundo".

En las salas de espera de los ferrocarriles, al

JOSE RAUL AGUILAR

subir o bajar en las estaciones, es frecuente el robo del equipaje. Hay ladrones que nos tratan con gentileza y junto a nuestra valija de mano nos dejan otra vacía; pero hay otros que se van cínicamente con lo que no es suyo y de ahí que sea típico el grito del conductor o garrotero: "¡Cambios con los velices que ya llegamos a... Río Frío!"

Antes de hacer algunas sugerencias a título de medidas de seguridad y ya que la técnica del ratón "picahuye", no ofrece mucho material voy a recordar el incidente chusco de un ladrón al descuento. Dicen que operaba por el mercado de La Lagunilla, donde han sentado sus reales los mercaderes judíos. A la puerta de un almacén de ropa tenía el mercader judío expuesto un saco flamante montado sobre un manequí.

Pasó el ratón y al ver el saco comprendió que le venía al cuerpo como anillo al dedo. Se caló el saco y emprendió la carrera. Salomón salió a la calle dando voces al ladrón. Acudió un policía quien, desentundó la pistola y apuntó inmediatamente. Antes de hacer fuego oyó que el judío le gritaba: ¡Por favor, señor policía, tirele a los pantalones, que el saco es el mío!

MEDIDAS DE SEGURIDAD.—Por la lectura del capítulo y párrafos anteriores, usted habrá comprendido la necesidad de no pasarse de listo, de dominar la codicia que es el resorte con que los timadores mueven a la víctima para hacerla caer en el garlito.

"Antes de invertir, investigue", nos aconsejan

MÉTODOS CRIMINALES EN MÉXICO

los viejos financieros, ya fogueados en los campos del fraude.

Si busca trabajo, mejor acuda a la directiva del sindicato que controla las vacantes de una empresa, aunque haya que hacer algún "arreglito", o a las agencias de colocaciones del gobierno, que a las agencias particulares o vendedores de puestos oficiales.

Señorita, señora: si al solicitar trabajo el patrón ofende su pudor, prefiera el escándalo y exhiba al pillito solapado que busca empleada y amante por el mismo sueldo.

Finalmente, cuando viaja en camión o tranvía o en ferrocarril congestionado de gente cuide no sólo de conservar el equilibrio, sino también la cartera o bolso de mano, o la valija. Evite todo descuido, en general.

CAPÍTULO XII

Machetazo a Caballo de Espadas

También en el mundo del delito hay sus anécdotas, sus chuscos sucedidos donde, como en el juego de los naipes, se dan verdaderos "machetazos a caballo de espadas". Allí es donde la tragedia del crimen se trueca en comedia franca y desternillante, por el ingenio y gracia que despliegan los personajes:

Salía de sus oficinas un Inspector de Policía, cuando al estar en la acera, un chiquillo desaharrado que lloraba a todo gritar se le refugia en el voluminoso abdomen. Tras él venía una mujer del pueblo armada con tremendo garrote.

Se explica la situación. El muchacho chillaba porque la madre le quiere moler a palos. El inspector, enérgico, reprende a la madre cruel y consueta al chiquillo. Prometen ambos enmendarse y los dejan marchar libremente.

El jefe de policía contempla satisfecho su buena obra. Sonriente les mira alejarse calle abajo y doblar la esquina. En ese momento recuerda que tiene una cita importante, pretende consultar la hora en su reloj y... ¡anda vete!

¡Ese chiquillo llorón —quizá en combinación con la madre— logró dar "machetazo a caballo de espaldas", **afanándole** el reloj muy limpiamente!

LADRON QUE ROBA A LADRON... tiene cien años de perdón, dice el castizo refrán. Por ese típico mercado de la Merced, tan lleno de folklore, operaba un hampón a quien apodaban "El Perro". Mejor le hubiera quedado el sobrenombre de "El Mastín," por ser un hombrón de anchos omoplatos y mirada lánguida; pero de magnífico olfato y que, como el "bulldog", una vez prendido no aflojaba los dientes hasta arrancar el pedazo.

Muchas fueron las entradas y salidas que tuvo que hacer por la comisaría. Ya era conocido de la casa. De repente no se volvió a saber más del famoso "Perro".

Viajando por el interior de la República, en ciudad principal, entramos a una gran tienda de abarrotes a surtirnos de cerillas, cuando vemos tras la caja contadora una cara conocida. ¡El Perro! Cuando nos acercamos a saludarlo y con la intención de saber qué papel desempeñaba en el establecimiento, finge extrañeza y por fin accede a salir a tomar un paseo —como que es el propietario y tiene una cuadrilla de dependientes que velen por su negocio— y después de encarecer que le guardemos el incógnito, nos cuenta:

¿Se acuerda usted, jefe, de aquel viejo seco que en la Merced nos compraba las "chivas?" Sí, ese desgraciado que nos pagaba siempre cualquier **baba** por todo lo bueno que le llevábamos.

Pues un día, ya no sabiendo qué hacer, me puse

de acuerdo con mi compadre que es hojalatero y hojalatero de los buenos. Le compré un cerro de latas vacías de manteca. En las cuatro esquinas le metimos a cada lata unos tubos. Llenamos los huecos que quedaron con tierra suelta y tubitos con manteca de la buena.

Quedaron las latas como salidas de la fábrica y allí voy a conseguirme un carro. ¡Palabra que don X siempre ha sido muy "riata" y luego luego me prestó el carretón! Y allí tiene usted que voy llegando con mi carro cargadito con latas y que se las vendo casi regaladas, ¡verdad de Dios!, como eran muchas, me costó el viajecito. Me alojé como 800 pelucones. Le dí a mi compadrito 200 y me vine para acá a trabajar honradamente.

Primero puse un puesto, luego alquilé la accesoría y más tarde arreglé la finca como usted la ve. Aquí nadie me conoce y vivo bien, por eso le ruego, jefecito que no me descubra.

Así es como nos reveló el principio de su fortuna y... no habiendo delito que perseguir, nos despedimos amigablemente.

Sí, tiene alguna cuenta tener amigos, —me cuenta reminiscente un viejo policía—, como que si no ha sido por un "ratón" que me encontré en El Paso, me roban la cartera. Una "mulata" magnífica me invitaba a hacerle una visita. El "ratón" me detuvo para explicarme un jueguecito que la experiencia le había enseñado.

Me llevó a un establecimiento comercial y me hizo comprar un par de carteras idénticas. En una guardó recortes de periódico y en la otra guardé

MÉTODOS CRIMINALES EN MÉXICO

mis dólares. Ahora sí ya estaba listo para entregarme entre los brazos incitantes de la "prieta", advertido de que hiciera un escamoteo con las carteras. Una, la que guardaba el dinero, debía dejarla dentro del saco que habría de dejar prendido al perchero. La otra, la que encerraba los recortes, la habría de guardar ostensiblemente, en el bolsillo trasero de los pantalones.

La meretriz lució lo mejor de su repertorio, insistiendo en que me molestaba ese bulto que traía en el bolsillo posterior derecho de los pantalones. Por fin, abandonó la empresa y al salir, volví a cambiar cartera y pagar el gasto; pero sin que se diese cuenta mi agasajante. Días después, cuando volví a visitarla, me confesó que ella y su socia habían estado peleando durante toda la semana. Pues, mientras la una sostenía que, guiada por su inclinación hacia el bolsillo posterior derecho, no encontró en la cartera sino recortes de periódicos, ella y yo lo creía, no podía concebir que hubiera alguien capaz de darle "machetazo al caballo de espaldas" capaz de vencerla en sus ardidés de carterista. Al fin admitió que los hampones mexicanos son bien listos, pues ella tuvo que poner en juego todos los resortes de su repertorio, ya que su compañero dos veces hizo el registro de la cartera y sólo recortes encontró.

En otra ocasión, viajaba acompañando a un coronel ex jefe de las Comisiones de Seguridad. El camión iba repleto de gente, atrás iban de pie, diversos individuos que, por el momento no despertaron sospechas. Uno de ellos, dejaba escapar por la k

JOSE RAUL AGUILAR

ca entreabierta un aliento alcohólico que recordaba bebidas embriagantes de la peor calidad.

De repente dió un tumbo el vehículo. Se nos vinieron encima y cuando esos tipos bajaron en la próxima parada, el coronel me dijo:

—¿Se fijó usted en el tipo ése? De seguro toma "refino" del más malo y luego, antes de bajarse me dió un sombrero en la cara...

—¡Búsquese, búsquese la cartera, mi coronel! —le dije apresuradamente.

—¡Cáramba, ya me la robaron!

—Siga usted a su casa. Yo le hablo por teléfono. Voy a ver si la recupero.

Conociendo los métodos que siguen los carteristas, me dirigí a la próxima parada. Allí estaba el del aliento alcohólico!

—¿Dónde está tu compañero? —le interrogué seguro de que a su vez me había reconocido.

—Pos ya se fué a llevarle el "gasto" a la "vieja". Mire, jefecito, apenas empezamos a trabajar. Esto lo podemos arreglar amistosamente. ¿Qué gana usted con perjudicarme? Usted me carga, me enfierra y ¿qué sale ganando?

—Es que se trata de un jefe de la policía...

—Pos usted dirá que es jefe y todo lo que quiera, pero ya no puedo devolver el dinero completo porque ya le mandé a mi vieja un "pápiro de a die-o". Total, no traiba más que tres billetes de a diez. Si no me lleva usted le devuelvo los dos papeles y ¡en paz!

—¿Y la cartera?

—Pos esa sí que ya no se la puedo devolver por-

METODOS CRIMINALES EN MEXICO

que ya la eché en el buzón del correo que está allí en la esquina. Déjeme ir, jefecito, ¡no sea mala gente! Yo le juro que allí está la cartera y aquí tiene los veinte pesos; pero déjeme ir, jefecito.

Recogí el dinero, hablé por teléfono al coronel, éste vino a mi encuentro y ante el buzón montamos guardia hasta que el cartero vino a abrirlo. ¡Otro "machetazo a caballo de espadas!"

Un gran detective americano tuvo que venir a México para practicar ciertas investigaciones. En la cartera traía sus credenciales, sus órdenes y su dinero; pero al bajar al andén de la estación ferrocarrilera, antes de abordar un automóvil de alquiler, buscó la cartera y ya se la habían "volado".

De todas maneras tomó el coche y pidió que le llevaran a las oficinas de la Inspección General de Policía. Fué recibido inmediatamente por el inspector y casi llorando de rabia, confesó que al bajar del tren le habían robado la cartera.

Muy cortésmente le explicó el jefe que ya estaba enterado de ello, puesto que acababan de traerle el ladrón y la cartera, captura que efectuó rápidamente el agente encargado de vigilar las estaciones ferroviarias.

Algo también chusco es lo que les pasó a unos famosos ladrones franceses especializados en robar comercios por un método seguro a la vez que laborioso.

No hacían la horadación del techo ni de la pared, sino que hacían un subterráneo y por allí llegaban al interior de la tienda. Llegaron equipados

JOSE RAUL AGUILAR

con maquinaria y herramienta de primera; pero se tuvieron que regresar a su tierra con las manos vacías.

Su fracaso se debió a que no pudieron hacer un sólo subterráneo eficaz porque ignoraban que la ciudad de México fué fundada sobre grandes lagos y que si se excavaba a los dos metros de profundidad se encuentra agua y más agua y de seguro no traían escafandra para bucear entre el lodo.

CAPITULO XIII

Robo en Casa Habitada

El robo en casa habitada se practica por varios métodos: por fractura, por violación, por horadación y por escalo. Hay violación cuando se abre el candado o la cerradura por medio de "ganzúas" o "chorlas". Existe fractura cuando se destroza la puerta y se salta la cerradura por medio del "santo niño" o la "espada." Horadación es cuando practican un agujero en el techo o en la pared para colarse al interior y escalo, cuando se sirven de escalas o de los accidentes del muro para colarse por ventanas o balcones.

Robo por Fractura.—Como todos los demás que se hacen en casa habitada, se practica cuando los moradores están ausentes. El candado es el mejor aviso para los ladrones de que pueden robar libremente, ya que eso indica que nadie hay en la casa.

El candado se suspende por lo regular de un par de armellas y quizá por colgar se le llama en caló "arete." Muy poca seguridad ofrece este medio primitivo de impedir la entrada, puesto que las arme-

METODOS CRIMINALES EN MEXICO

llas se abren con gran facilidad haciendo palanca con el **santonioño**.

Lo mejor es sustituir las armellas por un aldabón cuyos tornillos queden bien cubiertos por las hojas del mismo, pues basta un destornillador para abrir la puerta destornillando parte del aldabón de tornillos descubiertos.

Pero aun mejor es descartar el candado y montar una chapa buena cuyo pestillo dé dos vueltas y tenga seguro interior. El candado barato, de llave con caña y dientes, es el más fácil de abrir con la **ganzúa**, especie de abotonador de calzado con punta doblada en ángulo y aplanada semejando un diente firme.

El candado de mejor calidad, de llave plana, se abren los cerrajeros del hampa con ayuda de su manojo de "chorlas", herramienta que tiene la forma de llave plana pero con dientes hábilmente distribuidos como llaves maestras.

Cuando no pueda usted comprar una buena chapa, confórmese con tener un buen candado. No lo prefiera por su consistencia o peso, ni porque el gancho móvil sea de acero a prueba de lima porque los técnicos del hampa ya no usan la lima ni la segueta por el ruido que se hace y el tiempo que se gasta. Prefiera el candado por la forma de su llave, plana, pero con canales por ambos lados y dientes. Esos dientes forman picos y ondas por un sólo canto de la llave y tienen por objeto accionar las teclas del candado.

Jamás compre entre los fierros viejos un candado de buen aspecto y de marca reputada, pues el

JOSE RAUL AGUILAR

cerrajero de viejo ya le limó las teclas y ahora cualquier llave del mismo sistema lo puede abrir. Pague un poco más y en la ferretería, nuevo, comprese un buen candado.

La chapa tiene que quedar bien montada. Déje que un carpintero la instale, pues a usted le parecerá buen trabajo el suyo dejando una gran abertura entre el pestillo y su contra. Si la chapa no tiene doble vuelta o seguro interior, se le puede dar un "espadazo", que consiste en meter otra herramienta de hoja muy fina y larga, para hacer palanca y correr el pestillo de resorte. Como "espada" puede servir hasta un cuchillo de mesa.

Muchas veces la cerradura no ofrece huellas de fractura y sin embargo, se hizo violencia a la puerta por medio del santonioño, una herramienta que recuerda la chaira con orejas como sacaclavos por un extremo y punta achaflanada por el otra.

El santonioño puede usarse "encuerado" o "vestido". Se le usa "encuerado" cuando no hay peligro de que haga ruido al caer por su sonido estridente de fino acero. Pero es mejor usarlo "vestido" y esto se hace envolviéndolo con cinta de aislar o papeles.

Esas puertas que no presentan huellas de violencia en la cerradura, se trabajaron con santonioño empezando por meterlo de abajo para arriba, entre la puerta y el marco. Después se encajó una cuña y se le siguió subiendo el santonioño para dar lugar a otra cuña. Ante tal tratamiento, pocas son

METODOS CRIMINALES EN MEXICO

las puertas y cerraduras que resisten a la tercera cuña pues no tardan en saltar.

Una vez dentro, lo primero que hacen los ladrones es cerrar bien la puerta y abrir la ventana para tener por donde escapar. Si los muebles están cerrados con chapas, ya no se toman el trabajo de probar llaves maestras, sino que hacen saltar la cerradura por medio del santoniño y con ello se deteriora el mueble.

Para evitar tal cosa, le aconsejo que siempre deje usted las llaves pegadas a la cerradura de todo mueble, pues ya teniendo los ladrones dentro, siquiera ahórrese el que le deterioren los muebles.

Mientras los ladrones hacen botín dentro, otro se queda fuera "echando agua", o sea vigilando para dar aviso inmediato por medio de señales convenidas, de las que ya hablaremos más adelante. Si el botín es de tal magnitud que no se puede llevar de una vez y hay que dar otra vuelta, sobre la puerta dejan una señal muy curiosa consistente en un cabello atravesado sobre la cerradura y sujeto por los extremos con bolitas de cera o chicle.

Antes de entrar por segunda vez, toman la precaución de ver, encendiendo una cerilla o un cigarro, si el cabello no fué reventado, pues de estarlo es casi seguro que los habitantes de la casa hayan descubierto el robo. La señal del "aguador", consiste en silbidos o en arrojar contra la puerta una piedra por medio de resortera, como las usadas por los niños.

Raras veces es uno solo el ladrón que trabaja en casas habitadas. Eso es ya labor de Lobo Solitario.

JOSE RAUL AGUILAR

El caso más notable es el de aquel que se quedó a dormir.

Logró entrar a un apartamento moderno. Ya dentro se dió cuenta de que no había otra salida que por la misma puerta que acababa de trasponer. No tardó en percibir cuchicheos en el exterior. Posiblemente los vecinos se habían percatado de su presencia y en cuanto a presencia él la tenía en grande; pero de ánimo.

Encendió las luces, se dirigió a la recámara, removió la ropa de la cama, se desnudó, tranquilamente se metió entre las cobijas y... a dormir.

Horas después volvieron los dueños de la casa; pero acompañados de la policía. El ladrón dormía plácidamente. Cuando lo despertaron, estirándose, bostezando y después de restregarse los ojos, saltó de la cama.

¿Ladrón él? ¡No, señor! Nada había tocado de lo que en la casa se encerraba. Simple y sencillamente, ¡se equivocó de cuarto! Nada pudieron probarle y tranquilamente fuése a terminar su sueño a otra parte.

"LA ZORRA," es el ladrón que entra escalando. Para el escaló se sirven de escaleras de cuerda, o simplemente aprovechando los salientes del edificio. Las construcciones coloniales son leas, toscas; pero muy seguras. Las ventanas están bien enrejadas y para llegar al balcón, la "zorra", tiene que hacer también de "hombre mosca".

Pero ahora, cuando los estilos arquitectónicos se entemezcan, cuando el primer piso es de tipo colonial y encima se le añade un piso o varios pisos

MÉTODOS CRIMINALES EN MEXICO

de estilo cubista o de cajones con ventanas, es cuando la "zorra" está de plácemes, pues por la reja puede subir fácilmente y alcanzar la ventana que ninguna protección ofrece. Por sus grandes vidrieras entran torrentes de luz y chorros de sol; pero también por allí puede entrar la "zorra", rompiendo un vidrio y metiendo la mano para hacer girar el pasador.

Sus cómplices —si los tiene— esperan abajo a que caiga el botín y tras él se arroja la "zorra" para emprender la huida.

LA HORADACION puede ser practicada por el techo, y la llaman **coscorrón** o por el muro contiguo y entonces la llaman **tachuelazo**. Ya hemos visto que en la ciudad de México no es posible hacer horadaciones por el piso.

Los casos más frecuentes han sido de horadación por el techo. El más viejo de estos casos fué el del famoso Rubiar de la Maison Dorée, quien todos los días salía llevando una valija cargada con la tierra que del agujero iba sacando.

La horadación por el techo requiere trabajo especial, empezando por el corte de las duelas por medio de un taladro para después seguir el contorno con serrote de punta. Lo demás es trabajo de peón: excavar, sacar tierra y cuidar que ésta no caiga dentro y se descubra la maniobra. Para ello se valen de un paraguas que se abre por resorte y en sus pliegues se junta la tierra.

La horadación por la pared o muro, ya es trabajo de albañilería y que se descubre fácilmente

JOSE RAUL AGUILAR

en nuestras endebles construcciones modernas porque inmediatamente cae tierra.

El ladrón que roba por medio de horadación ha de tener mucha paciencia, hacer una gran cantidad de trabajo físico y casi siempre se le descubre antes de tiempo, por lo que los "genios" del hampa ya estarán pensando en otro método más eficaz.